

VITUS HUBER y JOHN F. SCHWALLER (eds.), *Beyond Cortés and Montezuma. The Conquest of Mexico Revisited*, Denver, University Press of Colorado, 2025, 328 pp. 978-1-64642-664-5

¿Cómo narrar una historia tan compleja sin incurrir en formas de simplificación? ¿Cómo nombrar un proceso histórico que se aborda desde claves interpretativas más amplias y flexibles? En concreto, ¿qué es la *Conquista* de México? Estas interrogantes –planteadas de manera explícita o latente– recorren los trabajos reunidos en este volumen colectivo. *Beyond Cortés and Montezuma*, a pesar de remitirse en su título a figuras tradicionales, busca precisamente ir más allá de ellas. La publicación se inscribe en una historiografía crítica que cuestiona los relatos convencionales y los marcos interpretativos heredados.

Apelar a la *Conquista* implica enfrentar no sólo un proceso histórico complejo, sino también una categoría cargada de significados. Lejos de ser una designación neutra, el término ha operado como un dispositivo semántico que construye ese pasado desde una lógica eurocéntrica, binaria y heroica. Sin una problematización crítica, tiende a invisibilizar la agencia indígena, excluir a mujeres y afrodescendientes, y oscurecer la diversidad cultural y las estructuras coloniales de dominación articuladas tras el conflicto. Pero, aún con todo, es preciso también adoptar una mirada que reconozca los márgenes de acción y las dinámicas de negociación con sus propias limitaciones pues, si no, corremos el riesgo de caer en una idealización que podría llevarnos a desdibujar la violencia y la disrupción. Bajo el término “*Conquista*” se agrupan fenómenos profundamente heterogéneos –violencia armada, alianzas estratégicas, intercambios culturales, despojos territoriales y resistencias persistentes– cuyo impacto, variable según contextos locales y trayectorias sociales, impide cualquier lectura lineal o totalizante.

De ahí la necesidad de reconocer las paradojas de un orden frágil pero sostenido cuya historicidad exige aproximaciones críticas y contextualizadas. Esto implica atender con rigor las formas en que el lenguaje, los marcos temporales, las representaciones y las fuentes –elaboradas generalmente en ámbitos coloniales y con fines

concretos— median activamente en la producción del conocimiento histórico. En consonancia con esta postura, los editores del volumen optan por referirse a la *Conquista*, en cursivas, para aludir al carácter problemático del término y la necesidad de adoptar cierta distancia que favorezca la generación de nuevas reflexiones.

Aunque los diez capítulos que conforman el volumen abordan contextos, actores y fuentes diversas, es posible identificar una serie de ejes analíticos que permiten trazar líneas de contacto entre las propuestas. Los editores organizaron la obra en torno a cuatro núcleos temáticos, aunque éstos pueden reagruparse según el enfoque analítico que se privilegie. Todos, sin embargo, confluyen en un mismo horizonte crítico.

Un primer grupo de trabajos se vuelca en la semántica y sus efectos. El punto de partida es el término *Conquista* analizado por Stephanie Wood. De origen claramente europeo, el concepto remite a una lógica de dominación y triunfo que no se corresponde con la percepción nahua de su historia. Esta categoría se revela como una imposición que ha condicionado durante siglos la interpretación de los acontecimientos del siglo xvi, arraigando el sentido de la derrota y la victimización y no el de supervivencia.

Vitus Huber evidencia que el lenguaje y los registros documentales actuaron como herramientas coloniales para transformar la guerra expansiva en colonización. Expresiones como “pacificar” y “poblar”, a la vez que “ganar, ennoblecer o perpetuar la tierra” fueron usadas por los conquistadores para pedir recompensas y justificar su presencia en un orden aún inestable; discursos y conceptos que siguen moldeando la forma en que se narra la *Conquista*. En esta misma línea, Justyna Olko analiza los lenguajes del poder colonial y sus efectos de larga duración; da cuenta de cómo la violencia estructural iniciada en el siglo xvi ha persistido mediante políticas que marginan a los pueblos originarios.

La obra, en un segundo eje analítico, examina cómo se construyeron sentidos del pasado mediante narrativas históricas, imágenes y memorias elaboradas con fines específicos. Las fuentes son abordadas como espacios discursivos activos, donde los autores resignificaron los acontecimientos desde lógicas propias, ya fuera para legitimar su autoridad, adquirir o conservar privilegios, o reconstituir un universo simbólico en el nuevo orden colonial.

Al respecto, María Castañeda de la Paz muestra cómo una lectura crítica de diversas fuentes sobre la *Conquista* de México permite no sólo acercarse a la reconstrucción de los hechos, sino desentrañar los mecanismos de por qué y cómo fueron interpretados, adaptados o transformados. Un caso ilustrativo presentado por Robert Haskett es el de don Zacarías de Santiago, cuya figura fue reutilizada por comunidades indígenas para inscribir su legitimidad en el sistema colonial. Sin haber sido un rebelde ni un conquistador, su imagen fue elevada a la de un mediador heroico, símbolo de continuidad política y tenencia legítima de la tierra. Estas narrativas se sostienen no sólo en crónicas o documentos oficiales, sino también en recursos orales, míticos, visuales y rituales que permitieron dar continuidad a tradiciones e identidades colectivas. Un ejemplo es el análisis de Julia Madajczak sobre la muerte de Cuauhtémoc a partir de los *Annales de Tlatelolco*.

Desde los símbolos y significados del poder, en la tercera parte del libro se analizan dos eventos. Miguel Pastrana examina la supuesta entrega que Moteuczoma hizo a Carlos I y argumenta que, leída desde las concepciones nahuas del poder –y no desde la legalidad española–, dicha cesión no sólo resulta improbable, sino ajena a sus formas rituales y políticas. Lo que el discurso colonial interpretó como un acto fundacional de soberanía pudo carecer de sentido en el horizonte cultural mesoamericano. Por su parte, Erika Escutia aborda el viaje de los tetecutín a Europa en 1528 y muestra que su presencia ante el papa y el rey fue mucho más que un acto protocolario: implicó una negociación de poder en los planos material y simbólico. La exhibición performativa de los cuerpos nahuas en estos rituales diplomáticos contribuyó tempranamente a construir al indio novohispano como sujeto político.

En atención a las formas de representación y como respuesta al papel que han ocupado las figuras icónicas en las narrativas, la cuarta parte del volumen aborda aspectos del análisis visual y hace un acercamiento a actores colectivos. Precisamente, Patrick Hajojsky evidencia que las imágenes coloniales de Moteuczoma en actitud pasiva, como las de un biombo del siglo xvii, evocan el arquetipo del “buen salvaje” y fijan una imagen domesticada del vencido. Complementariamente, Lori Boornazian Diel recupera el papel de las mujeres indígenas –más allá de la Malinche– en alianzas, mediaciones y resistencias. Señala cómo su participación ha sido sistemáticamente

subordinada, minimizada o borrada tanto en las fuentes como en la historiografía en un proceso de invisibilización estructural. Queda claro que las representaciones no son simples reflejos del pasado, sino artefactos ideológicos que modelan la memoria colectiva.

Con estos ejemplos, el libro muestra que el estudio de la *Conquista* requiere lecturas semánticas, filológicas y situadas, capaces de captar su complejidad narrativa, simbólica y performativa. *Beyond Cortés and Montezuma* se inscribe así en la llamada nueva historia de la *Conquista*, una corriente que ha cobrado fuerza en las últimas dos décadas, aunque debe mucho a la escuela seminal de Lockhart. Junto a sus aportes temáticos y como parte de esa línea historiográfica, el volumen ofrece pautas metodológicas: propone formas críticas de aproximación a las fuentes, interroga categorías establecidas y repiensa los lenguajes con los que se ha narrado este proceso histórico.

Si bien un par de capítulos fueron previamente publicados por sus autores, con ciertos ajustes y actualizaciones, el libro buscó ofrecer un panorama colectivo con miradas diversas. La variedad disciplinaria y geográfica de los colaboradores enriquece los enfoques del volumen y permite un abordaje multidimensional del fenómeno. No obstante, llama la atención la ausencia de voces provenientes de España y, sobre todo, de los pueblos originarios. Esta última omisión invita a una reflexión más amplia: si el objetivo es integrar a estos últimos en el relato histórico, ¿no sería pertinente considerar formas multilingües de presentación, al menos de los textos introductorios?

Como toda obra colectiva, el volumen contiene ciertos desequilibrios: una concentración temática en el centro de México, una perspectiva de género poco transversal y escasa atención a los aspectos demográficos, ambientales y al giro espacial. Esta última omisión no es exclusiva del libro, sino que parte de una deuda más amplia de la nueva historia de la *Conquista*, que al surgir en el seno de los enfoques textuales, culturales, jurídicos y políticos, ha incorporado sólo de forma gradual el análisis de las transformaciones del paisaje, los cambios en el uso del suelo y la reconfiguración del espacio habitado, especialmente a partir del estudio de las congregaciones.

Frente a la escasa interlocución temática entre los capítulos –que no conceptual–, el prólogo realizado por Kevin Terraciano, la introducción elaborada por Vitus Huber y el epílogo a cargo de John F. Schwaller

cumplen una función articuladora clave. Estas contribuciones tienden puentes interpretativos y vinculan la obra con debates historiográficos más amplios. Por su parte, los autores dialogan principalmente con la literatura especializada en los temas que desarrollan.

En conjunto, el libro se alinea con una corriente crítica consolidada. Comparte con otros trabajos el cuestionamiento del heroísmo conquistador, la visibilización de actores subalternos, la atención a las fuentes indígenas y la desnaturalización del lenguaje colonial. Finalmente, el tema de la *Conquista* —con y sin cursivas— sigue siendo vigente no por la conmemoración de sus 500 años, sino porque continúa marcando una frontera viva en la manera en que se articulan la memoria colectiva, la identidad y la persistencia de desigualdades estructurales.

Entre distintos sectores —incluidos numerosos académicos— crece la preocupación por las implicaciones actuales del legado conquistador. La revaloración del pasado indígena, la estigmatización de los tlaxcaltecas, las divisiones entre comunidades originarias y la vigencia de los mitos conquistadores deben abordarse no como residuos del pasado, sino como problemas vivos. La *Conquista* no constituye únicamente un episodio fundacional, sino una dinámica de significación, exclusión y poder que opera aún en el presente. Sus narrativas producen subjetividades, legitiman jerarquías y orientan políticas públicas. Por ello, como sugiere Olko, escribir sobre la *Conquista* no es sólo una tarea académica, sino una responsabilidad ética frente a las formas en que el pasado es disputado y actualizado en el presente.

Jessica Ramírez Méndez  
*El Colegio de México*